

## 5. Los recursos económicos en la calidad de vida a la edad anciana

*Vicente Rodríguez-Rodríguez*  
Instituto de Economía, Geografía y Demografía  
Centro de Ciencias Humanas y Sociales (CSIC)

### 5.1. Introducción

Conocer la influencia de los recursos económicos en los comportamientos sociales y en la calidad de vida de la población es un hecho esencial, sobre todo en el caso de las personas mayores. También lo es la cuestión sobre los instrumentos de medida que habría que utilizar para su diagnóstico. Ambos aspectos se engarzan con una situación muy común, el uso de la renta económica como medida básica de los recursos económicos de los estados, de los grupos o de los individuos, siendo importante, en este último caso, el empleo de la hipótesis que permite apreciar la capacidad/incapacidad de la persona para participar en las actividades sociales y en la vida de la comunidad en función de su nivel de renta. Sin embargo, hay un amplio debate sobre el significado más adecuado del concepto de *recurso económico* individual, sobre las medidas mejor adaptadas a su análisis y sobre su influencia en la calidad de vida, a través de diversas perspectivas, como así se atestigua en la bibliografía.

Desde un punto de vista macroeconómico, la revisión del papel de los recursos económicos de los mayores suele centrarse en el estudio de la previsión futura de menor cobertura económica por parte de la Seguridad Social, en contraste con las pensiones privadas (Lassey et al. 2001), o de la importancia de las rentas públicas, privadas y las transferencias en el ámbito familiar, especialmente en países donde las redes familiares y sociales

tienen una gran importancia como factor de influencia en la calidad de vida de los mayores (Polverini et al. 2005), o de los riesgos de caer en la pobreza, en relación con determinados rasgos demográficos como el género o la forma de convivencia (Walker et al. 2005). También se ha orientado la investigación hacia el crecimiento económico como condición para el incremento de la calidad de vida con un carácter general, sin que esta relación esté siempre demostrada en la escala individual (Diener 1984; Schyns 1998).

En una visión más cercana al individuo, la dimensión económica aparece tradicionalmente como una de las constitutivas del constructo *calidad de vida*, entendido desde una perspectiva global, junto a otras dimensiones básicas (Smith 2000), toda vez que son las circunstancias personales, cualquiera sea la medida que de ellas se adopte, las que están influyendo de una manera decisiva sobre la calidad de vida o el bienestar personal. La situación económica es una dimensión objetivamente medida, aunque su evaluación por parte de los individuos pueda variar. De ahí la necesidad de combinar medidas objetivas (renta, recursos económicos...) y subjetivas (satisfacción, seguridad, percepción o valoración...). En los estudios sobre población mayor, los *recursos económicos* están relacionados con la capacidad del individuo para proveer sus necesidades básicas (Scharf et al. 2000), de manera que parece haber una asociación directa entre cantidad de recursos y calidad de vida (Sirgy 2001).

Sin embargo, distintos mecanismos psicológicos permiten aflorar discrepancias múltiples entre lo que uno tiene, como recurso económico, y lo que desea para cubrir mejor sus necesidades personales, o lo que calcula que debería tener, o lo que otros tienen como marco de comparación interpersonal, que condicionan tanto la forma de comportarse como las opiniones emitidas sobre la calidad de vida que se disfruta en relación con los recursos económicos (Michalos 2003). Además, la adecuación económica entre recursos y necesidades, como indicador de calidad de vida, tiene un valor distinto de acuerdo con los rasgos sociodemográficos individuales (Lamura et al. 2003).

Una perspectiva última sobre esta cuestión aborda el debate sobre los indicadores objetivos (sociales, normativos que permi-

ten medir las diferencias en los niveles de bienestar general o personal) y subjetivos (personales), que ejercen un papel importante en la evaluación por parte de los individuos de la calidad de vida (Friedman 1997; Lamura et al. 2003). Es una ley, aceptada en la literatura sobre medición de hechos sociales y específicamente en este ámbito de investigación, el dotar a esos indicadores de un carácter complementario, con ventajas y dificultades, dada la conveniencia de realizar una valoración objetiva y subjetiva de los fenómenos sociales en entornos individuales, sociales y culturales cambiantes (Diener et al. 1997).

Varios son los objetivos que se han de estudiar en este capítulo. Entendiendo que la población mayor tiene un desarrollo vital amplio, desde muchos puntos de vista, parece interesante analizar la contraposición entre valor real de los recursos económicos actuales y su *significado presente y futuro*, de acuerdo a las necesidades actuales y previstas, o la *sensación de seguridad* que producen los recursos económicos disponibles cuando se tienen comportamientos orientados al ahorro o al consumo, según los ingresos que reciben las personas en los últimos años de su vida y el capital acumulado (Walker et al. 2005) a lo largo de la historia laboral previa. Otro objetivo que se ha de desarrollar será la evaluación de la *satisfacción con los recursos* por parte de quien no tiene muchos medios económicos porque no ha tenido posibilidades de conseguirlos, pero que desconoce otros escenarios (Smith 2000). Los rasgos sociodemográficos y el medio en el que vive (el barrio, el entorno urbano y social) son factores condicionantes de la valoración del balance entre recursos disponibles, oportunidades y necesidades del individuo mayor. De cómo resulte ese balance se derivará una situación vital condicionada por la independencia o la dependencia, especialmente en el caso de las mujeres mayores (Bryant et al. 2002).

## 5.2. La medición de hechos económicos

Se ha seguido un esquema de análisis que es habitual en la bibliografía científica, es decir, se estudia el significado de los recursos económicos en la calidad de vida de los mayores, utilizando para

ello instrumentos de medición objetiva y subjetiva de forma complementaria, siguiendo los estándares en la medición de este fenómeno (Sirgy 2001). Además, en la encuesta CadeViMa utilizada para el análisis del significado de los recursos económicos en la calidad de vida de los mayores madrileños, se ha tomado, sin embargo, una prevención inicial, la de no solicitar una información excesiva de la dimensión económica de la población mayor con objeto de evitar dos dificultades usuales en la toma de datos: primero, no hacer demasiado hincapié en una materia tan sensible para la población mayor como la económica, y, segundo, no solicitar información que obligue al encuestado a un esfuerzo de recuerdo de datos que puede ser contraproducente para los objetivos de la encuesta. Está demostrado que la toma de datos de procesos de largo desarrollo temporal, como es la vida laboral, tiende a verse condicionada por la situación de los últimos momentos, los más cercanos a la jubilación. También es conveniente señalar que cuestiones como esta son muy sensibles al momento en el que se está emitiendo la opinión (Walker 2005) y a la aparición de comportamientos de «deseabilidad social» que son más intensos cuando la población es de más edad (Dijkstra et al. 2001). En ambos casos se trata de conseguir una tasa de respuesta alta.

Se solicitaron, por lo tanto, datos de carácter objetivo y subjetivo en 5 cuestiones (cuadro 5.1). Las dos primeras pretenden un acercamiento a los ingresos recibidos, su origen y su cuantía. En primer lugar, cuando se habla de población mayor, es importante tomar en cuenta el origen de los recursos económicos, con objeto de identificar el carácter único o múltiple de los mismos y, por ende, la mayor o menor dependencia de los ingresos de una fuente única, así como las consecuencias que de ello pueden derivarse para la forma de vida de los mayores, partiendo de la hipótesis previa según la cual la mayoría de los encuestados podrían conseguir los mismos de una pensión. Para ello se ha diseñado una cuestión en formato «multirrespuesta» en la que cualquiera de las respuestas puede entrar en combinación con el resto para definir una tipología de individuos atendiendo a la mayor o menor ocurrencia de unas respuestas con otras.

Por su lado, la pregunta sobre la cuantía de los ingresos fue planteada bajo las condiciones de una previsiblemente alta tasa

**CUADRO 5.1: Indicadores para el estudio de los recursos económicos incluidos en la encuesta CadeViMa**

Tipo de indicador	Tema
Objetivo	Procedencia de sus ingresos económicos
	Ingresos totales mensuales (pensión, otros ingresos, rentas, ayuda familiar)
Subjetivo	Satisfacción con su situación económica general (considerando todos los ingresos que recibe, los ahorros y otros tipos de renta)
	Seguridad en su futuro económico
	Autoposicionamiento económico del hogar

de no respuesta, en atención a la sensibilidad que la información sobre ingresos genera en la población, especialmente entre los mayores. Así, se preguntó por el nivel de ingresos utilizando una escala ordinal, de seis intervalos, pero suficientemente amplia, para que el encuestado no encontrara dificultades o recelo en su respuesta; entre los intervalos considerados estaba la categoría *No tiene ingresos*, suponiendo que era posible encontrar encuestados en esta situación.

Desde un punto de vista subjetivo, la información solicitada fue de dos tipos. En primer lugar, hay dos preguntas que se han orientado hacia la valoración subjetiva de los recursos económicos personales o ingresos económicos, de un lado, a través de la satisfacción que producen en el momento presente en su papel de «facilitadores» de un bienestar personal y familiar, y, de otro, mediante la seguridad que —entiende el encuestado— le pueden producir estos en el futuro para el mantenimiento de dicho estatus. En ambos casos, se ha utilizado una escala ordinal de satisfacción y seguridad, en las que el valor medio (categoría «regular», que marca una indefinición del estado de satisfacción y seguridad entre los valores positivos y negativos de la escala) no se ha solicitado de forma expresa a los encuestados para evitar la acomodación al mismo de opiniones no posicionadas en una u otra parte de la escala. En segundo lugar, como contraste de la información objetiva de ingresos, se ha recabado también un autoposiciona-

miento económico del hogar del individuo en una escala de 1 a 10, desde el valor *bajo* al *alto*.

El estudio de la dimensión económica de los mayores se ha contrastado con determinados factores, obtenidos de la misma encuesta (CadeViMa), con objeto de valorar los hechos y circunstancias que pueden estar condicionando esta dimensión. Sin duda la elección de estos factores es una tarea bastante arriesgada porque implica tener presentes aspectos que hipotéticamente pueden tener relación con la misma, pero que no siempre es posible documentar que esta relación sea significativa. De esta manera, una vez hecha una primera revisión de la información disponible, se ha considerado adecuado tomar en cuenta 6 bloques:

1. Los rasgos sociodemográficos de los entrevistados (sexo, edad, nivel de estudios, estado civil, clase social, tipo de hogar, zona de residencia).
2. El estado de salud.
3. La forma de convivencia.
4. Las redes de apoyo.
5. Las actividades de ocio y tiempo libre.
6. El entorno físico.

Las variables independientes utilizadas han sido, primero, cruzadas con las de recursos económicos para validar la representatividad de la relación, para, luego, desarrollar un análisis estadístico por cada bloque (factores), utilizando diversos instrumentos estadísticos y gráficos.

Para estos propósitos, se han empleado diversas técnicas, unas orientadas a reducir la información identificando variables latentes y no directamente medidas (AF), otras agrupando individuos con comportamientos semejantes en grupos homogéneos (AClus), y otras definidas para identificar la asociación de categorías de variables (ACor y análisis de árboles jerárquicos). Los procedimientos realizados se describen junto con sus resultados en el anexo metodológico.<sup>1</sup>

<sup>1</sup> Puede verse en [www.fbbva.es/TLFU/lfu/esp/publicaciones/libros/fichalibro/index.jsp?codigo=603](http://www.fbbva.es/TLFU/lfu/esp/publicaciones/libros/fichalibro/index.jsp?codigo=603)

### 5.3. Situación económica y calidad de vida en los mayores

A partir del estudio de Brown et al. (2004) se comprueba de forma fehaciente la importancia de los recursos económicos de las personas mayores como dimensión de la calidad de vida. Son variados los conceptos (ingresos, rentas, independencia financiera, propiedad de la vivienda como elemento patrimonial...) y las formas de medirlos en los estudios analizados en ese informe, siempre en una posición destacada, a la vez que los pone en conexión con otros componentes relacionados, como la satisfacción con el entorno urbano, la seguridad física en la vida que se desarrolla o las condiciones físicas de la vivienda.

Entre los mayores residentes en vivienda familiar en la Comunidad de Madrid, como ya se ha explicitado en el capítulo 2 de este libro, la dimensión *situación económica* ocupa el tercer lugar de entre las 5 más mencionadas (76% de los mayores la nombran), detrás de la *salud* y la *red familiar* (96%, 82%, respectivamente). En el contexto de nivel de satisfacción con cada una de las dimensiones, en una escala de 0 a 100, la situación económica pasa a ocupar el cuarto lugar (valor 60), detrás de la *red familiar*, la *salud* y la *red social* (con valores de 77, 71 y 66, respectivamente), y es seguida muy de cerca por el componente *ocio y tiempo libre* con un nivel de satisfacción de 59. Así, en el conjunto de las 5 dimensiones más mencionadas por cada individuo, la importancia relativa de la situación económica pasa a alcanzar una media de 15,8%, por debajo de ese valor de 20% que podría considerarse como límite inferior de ponderación relativa elevada.

#### 5.3.1. La posición económica de los mayores

Hablar de la situación económica de la población anciana en España es poner de manifiesto algunos datos que dejan entrever su posición desventajosa con respecto a otros grupos de población e, internamente, de unos mayores (mujeres, viudas, personas que viven en soledad) en relación con otros. También es digno de mención el hecho de que una buena parte de este grupo demográfico, el 80%, reciben pensiones contributivas de la Seguridad Social, con un valor medio, a 1 de enero de 2004, de 572 euros

mensuales<sup>2</sup> (Sancho Castiello 2005), con evidentes desequilibrios entre grupos perceptores, con valores más bajos para las de viudedad y no contributivas, y para los más mayores y las mujeres, todo ello en relación con la actividad laboral previa del individuo. En estas condiciones, es previsible suponer que la población anciana en Madrid no se aleja de ese modelo antes descrito.

Como era de esperar según se ha mencionado antes, una tercera parte de los encuestados no respondieron a la pregunta sobre los *ingresos totales mensuales percibidos*, hecho que no discrepa con otras investigaciones sociales,<sup>3</sup> si se tiene en cuenta que los mayores encuentran, probablemente, más reparos que otros grupos de población en informar sobre aspectos económicos. Ello es especialmente cierto entre los que alcanzan mayor nivel de estudios o, consecuentemente, una clase social más alta, puesto que en torno a un 60% de éstos grupos no responden a esta cuestión.

En general, el nivel económico declarado por los mayores en Madrid en 2005 es bajo (cuadro 5.2), ya que casi el 80% de los encuestados declaran entre 300 y 900 euros, con un valor medio de 600 euros aproximadamente. Existen, no obstante, un grupo apreciable de personas cuyos ingresos se sitúan en valores cercanos a 1.000 euros, prueba inequívoca de que esta será la tendencia más probable en el futuro, es decir, hacia el aumento de los recursos económicos disponibles a medida que se vayan incorporando nuevas generaciones de mayores, con una trayectoria laboral basada en actividades económicas terciarias, generadoras de una base económica más consistente.

Al igual que sucedía en el caso de los encuestados que no responden a esta pregunta, son el *nivel de estudios* y la *clase social* las variables que mejor definirían la distribución de los ingresos económicos por niveles, ya que entre los que tienen menos ingresos, inferiores a 900 euros, tienden a predominar personas con estudios

<sup>2</sup> En 2010, la pensión media contributiva (jubilación, incapacidad permanente, viudedad, orfandad y a favor de familiares) había alcanzado 776 euros al mes.

<sup>3</sup> En la Encuesta Nacional de Salud de 2003 (INE 2004) la tasa de no respuesta para la pregunta sobre ingresos fue del 27%, algo menos, el 19%, en la Encuesta de Condiciones de Vida (Instituto de Mayores y Servicios Sociales 2004). En el estudio europeo ENABLE-AGE la tasa de no respuesta en el caso alemán es del 22,6% (Oswald et al. 2005).

por debajo de secundarios y una clase social más baja que la media, mientras los que declaran más de 900 euros, aunque es un grupo poco numeroso, suele tratarse de personas con mayor nivel de estudios (secundarios y superiores) y, consecuentemente, de clase social media y media alta. Esta relación se mantiene cuando se pide una valoración subjetiva del hogar detentador de ingresos (autoposicionamiento): a medida que aumentan los ingresos individuales obtenidos se incrementa la percepción económica del hogar, a partir de un valor medio apreciado por dos de cada tres encuestados. A pesar de ello, existe una tendencia a sobrevalorar subjetivamente los ingresos, como se ha demostrado en España e Italia, donde, entre los mayores, casi la mitad de los hombres y un 40% de las mujeres se sienten satisfechos con sus bajos ingresos (Lamura et al. 2003; Sancho Castiello 2005), lo que contrasta con las dificultades señaladas para su ahorro mensual. Dificultades para man-

**CUADRO 5.2: Relación entre los ingresos totales mensuales y el autoposicionamiento económico del hogar, su satisfacción económica y la seguridad en su futuro económico**  
(porcentaje)

Ingresos totales mensuales € (miles PTA)	Frecuencia	Porcentaje sobre total	Porcentaje válido	Autoposicionamiento económico del hogar	Satisfacción con su situación económica	Seguridad en su futuro económico
Menos de 300 (<50)	13	2,6	3,9	Media-baja (72,7)	Nada / poco / regular (84,7)	Nada / poco / regular (77,0)
301-600 (50-100)	148	29,7	44,4	Media (69,4)	Bastante / muy (62,7)	Bastante / muy (81,9)
601-900 (100-150)	114	22,8	34,2	Media (76,3)	Bastante / muy (54,5)	Bastante / muy (57,9)
901-1.200 (150-200)	46	9,2	13,8	Media / media-alta (89,2)	Bastante / muy (80,0)	Bastante / muy (84,8)
Más 1.200 (> 200)	11	2,2	3,3	Media / media-alta (91,02)	Bastante / muy (90,0)	Bastante / muy (70,0)
No tiene ingresos	1	0,2	0,3			
<b>N.º de casos válido</b>	<b>333</b>	<b>66,7</b>	<b>100,0</b>	<b>Media (67,3)</b>	<b>Bastante / muy (61,7)</b>	<b>Bastante / muy (67,0)</b>
<b>No contesta</b>	<b>166</b>	<b>33,3</b>				
<b>N.º de casos total</b>	<b>499</b>	<b>100,0</b>				

tener un nivel económico suficiente en la vejez y satisfacción con los ingresos, he ahí dos caras en la percepción de un hecho objetivo bien definido en sus cifras, uno de los temas de debate en la investigación sobre calidad de vida (Walker et al. 2005).

Y como ya se anunciaba antes, la *procedencia de los ingresos* es casi exclusivamente de una sola fuente (96% de los casos), en esencia entre quienes menor nivel declaran, provenientes de pensiones de jubilación o de viudedad, las más comunes entre la población mayor: más de 9 de cada 10 hombres por 5 de cada 10 mujeres reciben pensión de jubilación, en su gran mayoría como única fuente; un 45% de las mujeres que han respondido a la pregunta sobre ingresos reciben una pensión de viudedad, en 9 de cada 10 casos también como única fuente, por casi ningún hombre, y son, casi en su totalidad, viudas. Una edad superior a los 75 años, su pertenencia a clases sociales medias y bajas, con nivel de estudios primarios, completan el perfil sociodemográfico de los perceptores. El escaso número de encuestados que refieren más de una fuente de ingresos (solo un 4%), muestran una combinación entre ambos tipos de pensiones, en respuesta al estado civil actual y a la historia laboral propia y del cónyuge. Apenas un 1,5% de la población madrileña declara recibir una combinación de recursos económicos patrimoniales y la pensión de jubilación, como consecuencia de un proceso de acumulación de medios económicos durante su vida laboral.

Por lo que se refiere a la medida de conceptos tan difíciles de aprehender como la *satisfacción con* o la *seguridad en* un hecho concreto, en este caso, los ingresos, no es fácil. Algunos estudios han utilizado solamente una pregunta para ahondar en la satisfacción o en la seguridad, al confiar en la capacidad de los entrevistados para comprender el valor preciso de tales conceptos. En otros casos se investigan ambos (satisfacción y seguridad) a través de constructos formados por otras cuestiones como la *capacidad para hacer frente a emergencias o necesidades*, la *compra de determinados bienes* para obtener una «satisfacción económica» (Lamura et al. 2003), o la *capacidad de ahorro cada mes*, como la Encuesta de Condiciones de Vida (Sancho Castiello 2005). En cualquier caso, detrás de estos conceptos se encuentran otros como la *seguridad material* o la *adecuación material* (Hawkins 2005), basados en la

disposición de recursos suficientes para asegurar el mantenimiento físico, la disponibilidad de vivienda y el acceso a los servicios, esenciales para la promoción de un adecuado estado de salud en la vejez. O, simplemente, sentirse bien y libre para afrontar posibles emergencias con los recursos disponibles (Gabriel et al. 2004), cuando la equiparación a la baja de los ingresos de los mayores, obtenidos de las pensiones, hace que su percepción sea superior a la valoración real de los mismos (Bowling et al. 2004). El riesgo de caer en la exclusión social y en la pobreza es evidente para determinadas capas de la población mayor si existe una falta de adecuación entre recursos y necesidades. Pero, desde un punto de vista subjetivo, esta adecuación tiene otro elemento que debe ser tenido en cuenta: la adaptación a la situación económica en la que se vive como mecanismo de supervivencia, muy común entre los mayores —y, en este caso, son algunas necesidades las que se ven no cubiertas—, que avanza entonces las opiniones negativas con respecto a la calidad de vida individual y a la percepción de la salud, como su referente fundamental.

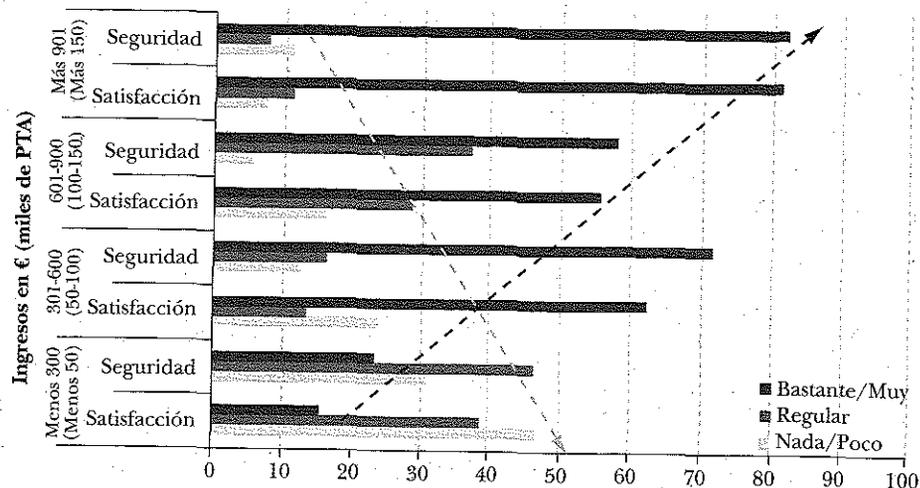
La satisfacción con los ingresos o, en general, con los recursos económicos personales, se ha indagado a través de una cuestión sencilla, teniendo en cuenta una visión global de los recursos disponibles, sin relacionarla con las necesidades que se precisan cubrir a esta edad con los mismos, como es la tendencia en estudios europeos como los proyectos ESAW (Lamura et al. 2003) y Growing Older (Bowling et al. 2002).

Por regla general, existe una apreciable relación entre el nivel de ingresos y la evaluación subjetiva de los mismos en términos de satisfacción y seguridad (gráfico 5.1), de manera que, a menor nivel, también menor valoración de los ingresos (*p-value* ≤ 0,05).

No obstante, entre los que reciben menos de 300 euros mensuales, en el entorno de las pensiones no contributivas, se observa un relativamente alto sentimiento de conformidad con los ingresos, de acuerdo con un comportamiento acomodaticio, habituado a la adecuación de las necesidades a los ingresos disponibles; este comportamiento ha sido considerado —según la terminología germana aplicada al concepto de *bienestar*—, como de *adaptación* (Noll 2002), es decir, aquella situación en que unas malas condiciones de vida, en este caso de bajo nivel de ingresos econó-

**GRÁFICO 5.1: Satisfacción con los recursos económicos y seguridad en su futuro económico según ingresos mensuales**

(porcentaje)



micos, coincide con un relativamente alto nivel de satisfacción. En el otro extremo, un cierto porcentaje de personas mayores (aproximadamente el 20%) que han declarado ingresos mensuales elevados, manifiesta un relativo nivel de insatisfacción, previsible también ligado a unas necesidades superiores a las habitualmente requeridas a esta edad y heredadas de la etapa adulta, y este grupo de personas se engloba en lo que se ha denominado como *disonancia* (Noll 2002); esa insatisfacción es incluso más apreciable cuando los ingresos son algo menores (entre 600 y 900 euros).

Y es que el nivel de estudios y la clase social que de ellos se deriva, están entre los factores determinantes de este comportamiento, como expresión máxima de la historia económica personal a lo largo de la vida. Partiendo de la base de que el nivel de estudios es un factor «capacitador» de la consecución de ingresos económicos, y su resultado durante la jubilación, las pensiones, es razonable suponer que la valoración de los ingresos sea percibida de forma desigual por diferentes niveles formativos. Así, los menores niveles de satisfacción con los ingresos en el momento presente y de seguridad con los mismos en el futuro son expresados por quienes menores niveles formativos y de clase social tie-

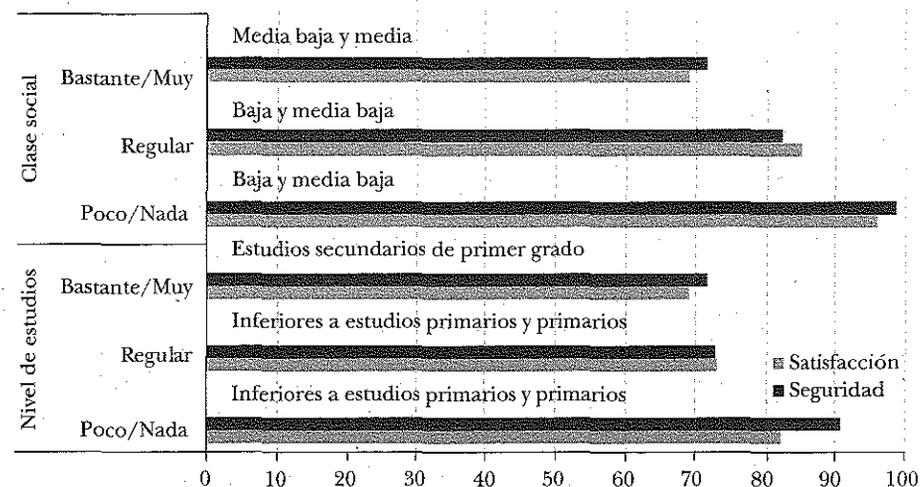
nen (gráfico 5.2): más del 80% de las personas mayores que han declarado un nivel de satisfacción y seguridad bajo (poco o nada) son individuos que no han pasado de los estudios primarios (en un porcentaje apreciable, 23%, no han terminado ningún estudio o lo han hecho en un nivel inferior a estudios primarios) y su clase social es inferior a la media-baja.

Sin embargo, los que han manifestado un nivel alto de satisfacción o seguridad respecto de sus recursos económicos (bastante o muy satisfechos/seguros) han conseguido alcanzar estudios secundarios de primer grado y una clase social de tipo medio. No hay que olvidar en este punto que entre los mayores madrileños hay escasos porcentajes de personas con estudios superiores (2,5%) y de clase social alta (1,2%) lo que reduce las posibilidades de extraer opiniones fundadas de tales números.

A fin de definir una tipología de la población mayor según sus recursos económicos, se ha llevado a cabo análisis multivariante para comprobar la interrelación de las variables de tipo económi-

**GRÁFICO 5.2: Nivel de estudios y clase social como factores asociados con la satisfacción con los recursos económicos y la seguridad en su futuro económico**

(porcentaje)



Esta figura muestra solo las categorías de satisfacción y de seguridad dominantes dentro de cada nivel de estudios y de clase social.

co y obtener una agrupación de sujetos de acuerdo con su posición en términos de recursos objetivos y evaluación subjetiva (véase anexo 5.1).<sup>4</sup> De esta manera, se pueden identificar 4 grupos, que se definen seguidamente.

En primer lugar, se encuentra un 22% de individuos de la muestra válida, a los que se ha denominado *pesimistas sin base económica* al tener un perfil definido por unos recursos económicos por debajo de la media y una percepción negativa de sus ingresos hoy (insatisfacción) y en el futuro (inseguridad). Serían, sobre todo, personas que manifiestan un comportamiento con pocas expectativas, dadas las condiciones objetivas y subjetivas en las que se desarrolla su vida; según la teoría de la calidad de vida de Zapf sobre las condiciones de vida y el bienestar subjetivo (Noll 2002), este grupo se clasificaría en una posición de «privación», al confluir malas condiciones objetivas de vida, en este caso bajo nivel de ingresos, con una mala evaluación subjetiva de sus recursos económicos.

El segundo grupo estaría compuesto, según la misma teoría, por personas que muestran «disonancia» (Noll 2002), y que se han definido aquí como *pesimistas con base económica*, un 20%, que, al igual que en el grupo anterior, no tienen una percepción positiva de su situación económica, a pesar de declarar recursos superiores a la media.

Para el tercero de los grupos, 30% de los casos que pueden denominarse como *optimistas sin base económica*, su visión no se fundamenta en los recursos económicos que declaran, sino en otros factores de tipo social, familiar o asociados con el entorno en el que viven que les propician un cierto proceso de «adaptación» (Noll 2002). A este respecto, diversos autores (Lawton 1983; Cohn et al. 1991) sugieren que valoraciones positivas frente a situaciones de precariedad podrían explicarse por el hecho de que con la edad se llegan a aceptar estas situaciones por un cambio de valores.

El último grupo, los *optimistas con base económica*, contiene casi un 29% de personas mayores, aquellas que muestran una confluencia entre unas buenas condiciones objetivas en términos de recursos económicos, y subjetivas en términos de satisfacción y

seguridad con respecto a esos recursos, de manera que se encuentran en una posición de «bienestar» (Noll 2002). En efecto, más de ocho de cada diez personas que menos satisfacción expresan sobre su vida, según su valoración subjetiva solicitada en la encuesta CadeViMa, en general son clasificados como *pesimistas*, independientemente de su base económica, de la misma manera que 7 de cada 10 se encuentran satisfechos con su vida siendo *optimistas* sus opiniones sobre los recursos económicos que poseen.

No es posible, sin embargo, apreciar las necesidades de las personas mayores para establecer una relación con los ingresos económicos, al no haberse incluido una pregunta específica. De una forma aproximada se pueden conocer estas «necesidades» a través de la indagación de los ámbitos de la vida de las personas en los que la sociedad, en su conjunto, debería hacer más inversiones (cuadro 5.3).

**CUADRO 5.3: Aspectos en los que la sociedad debería realizar mayor esfuerzo, invertir más dinero**

Invertir en	Respuestas	Porcentaje sobre respuestas (1.471)	Porcentaje sobre casos (493 casos válidos) <sup>1</sup>
Pensiones	372	25,3	75,5
Sanidad	361	24,5	73,2
Vivienda	180	12,2	36,5
Educación	134	9,1	27,2
Empleo	110	7,5	22,3
Seguridad ciudadana	66	4,5	13,4
Infraestructuras: carreteras, calles	60	4,1	12,2
Inmigrantes	55	3,7	11,2
Justicia	42	2,9	8,5
Familia	36	2,4	7,3
Paz y seguridad en el mundo	32	2,2	6,5
Lucha contra la desigualdad social	17	1,2	3,4
Medioambiente	6	0,4	1,2
<b>Total</b>	<b>1.471</b>	<b>100,0</b>	<b>298,4</b>

<sup>1</sup> Al ser una pregunta multirrespuesta, el porcentaje es superior a 100.

<sup>4</sup> Puede verse en [www.fbbva.es/TLFU/tlfu/esp/publicaciones/libros/fichalibro/index.jsp?codigo=603](http://www.fbbva.es/TLFU/tlfu/esp/publicaciones/libros/fichalibro/index.jsp?codigo=603)

Entre los mayores madrileños, las máximas preocupaciones se centran en conseguir que «la sociedad cuide las pensiones», un 75% de los encuestados cita este aspecto, especialmente los mayores clasificados como *optimistas sin base económica*, es decir los que tienen un menor nivel de ingresos pero una percepción más positiva de sus recursos económicos, en la seguridad de poder seguir manteniendo esa confianza en su situación económica. En cambio, los que reciben más ingresos eligen esta respuesta en un porcentaje inferior (69%). También se menciona de forma mayoritaria la necesidad de invertir en más recursos sanitarios (73%), en este caso esencialmente los que mejor percepción tienen de sus recursos económicos, aunque no reciban tantos ingresos (76%), en contraposición a quienes peor percepción y menos ingresos reciben (57%).

Son ambos ámbitos, pensiones y sanidad, de referencia esencial para los mayores ya que los ingresos procedentes de las pensiones deben ser más altos para asegurar la mejor cobertura de las necesidades individuales, sobre todo para aquellas personas que menos valor aprecian en ellos, a la vez que se ofrecen recursos «en especie» para atender los problemas de salud como principal inquietud en el proceso de envejecer. A una distancia muy apreciable se mencionan también las inversiones en «vivienda» (37%), otro aspecto de amplio interés social, especialmente señalado por los mayores que menores recursos tienen, en esencia los que están viviendo en régimen de alquiler (aquellos que declaran ingresos más bajos son más propensos a residir en viviendas en alquiler, y el 80% de estos reclaman inversión en vivienda), y en «educación» (27%), quizás una reclamación sentida por muchos mayores que no tuvieron la oportunidad de conseguir una formación adecuada para una mejora de su situación económica. Sin embargo, los datos de la encuesta CadeViMa no aportan esa evidencia de forma explícita, ya que la gran mayoría no se decantan por reclamar inversión en educación, entre los que se incluyen los que menor nivel educativo tienen, acuciados por otras necesidades más perentorias, más inmediatas, más adecuadas a la satisfacción de sus necesidades actuales.

### 5.3.2. Factores condicionantes

Las condiciones económicas de las personas mayores, medidas objetiva y subjetivamente, están relacionadas con un conjunto de

aspectos que contribuyen a definir su estilo de vida, su forma de vivir en la familia, en su entorno residencial, en su sistema de relaciones sociales, en su comportamiento diario. Todos estos elementos conforman su estructura vital en estos momentos, pero se han ido construyendo a lo largo de varias décadas, de manera que no puede valorarse la vida de un individuo si no se tiene en cuenta su contenido actual y la herencia recibida de su etapa adulta, centrada en la formación de la familia, en la vida laboral y en la construcción de su entorno físico y social.

Se ha pretendido, pues, avanzar en la valoración de los recursos económicos de acuerdo a varios factores, circunscritos a los resultados de la encuesta (CadeViMa) a partir de variables que cumplen la condición de tener una relación estadística significativa (mediante el empleo de  $\chi^2$  como medida de calidad y una significación inferior o igual a 0,05) con la tipología obtenida de personas mayores según sus recursos económicos.

Como se mencionaba, la *formación educativa* recibida antes de la entrada en la vida laboral (asociada a lo largo de esta con la condición social conseguida) es la principal variable sociodemográfica relacionada con los tipos definidos según las condiciones económicas objetivas y subjetivas. Su grado de significación es alto ( $\chi^2$ : 65,9; *p-value*  $\leq$  0,0001), y se establece una relación precisa, ya que los que tienen mayor nivel de estudios (secundarios y superiores), algo más de un 50%, son quienes más altos ingresos declaran y mejor visión de la vida tienen, los *optimistas con base económica*. Por el contrario, entre los que no saben leer o no terminaron sus estudios primarios, un 42% son *pesimistas sin base económica*, abocados a situaciones previsibles de privación, especialmente si las condiciones económicas, individuales y familiares, se extreman. En medio, los que declaran estudios primarios son *optimistas sin base económica*, un 41% de ese grupo, que tienden a vivir en la ciudad de Madrid en mayor proporción que en el resto de la región.

Con respecto a la *edad*, las categorías definidas presentan una relación menos clara y una significación estadística moderada ( $\chi^2$ : 12,7; *p-value*: 0,05), que identifica, no obstante, dos asociaciones interesantes: cerca de un 60% de los mayores más jóvenes, menores de 75 años, son esencialmente *optimistas*, independientemente de los recursos que reciben, mientras que casi un 70% de los

mayores con 85 y más años declara la falta de recursos económicos suficientes, con independencia de su posición ante la vida que le proporcionan sus recursos económicos. Los años que les separan no son solo una cuestión numérica, probablemente sean también el reflejo de unas condiciones de adaptación a la vida actual en situaciones muy distintas.

Otras variables sociodemográficas como el sexo o el tipo de hogar no presentan relaciones significativas con los tipos definidos entre los mayores por sus recursos económicos.

No sucede lo mismo con el *estado de salud* y los recursos económicos disponibles. Sin que se pueda señalar taxativamente que el uno influye en los otros, las investigaciones internacionales sobre calidad de vida atestiguan de forma manifiesta su relación (Grundy et al. 2003; Andresen et al. 2005; Higgs et al. 2005), con componentes ligados a la dimensión temporal (Smith et al. 1997; Meer et al. 2003) o con aspectos psicosociales de la vida del individuo (Taylor et al. 1999), como atributos muy destacados. En general se constata la existencia de una ley bastante conocida: a mayor nivel de recursos económicos disponibles, mejor valoración del estado de salud, y ambas dimensiones condicionan de forma positiva la calidad de vida referida (cuadro 5.4).

**CUADRO 5.4: Relación entre la tipología de sujetos según recursos económicos y el estado de salud**  
(porcentaje)

Estado de salud	Tipología de sujetos				Total
	Pesimistas sin base económica	Pesimistas con base económica	Optimistas sin base económica	Optimistas con base económica	
N.º de casos válido	70	63	96	93	322
Porcentaje	21,7	19,6	29,8	28,9	100,0
Muy malo/Malo	<b>52,6</b>	<b>31,6</b>	0,0	15,8	19
Regular	<b>33,8</b>	<b>23,4</b>	20,8	22,1	77
Bueno	15,8	19,2	29,4	<b>35,6</b>	177
Muy bueno	12,5	8,3	<b>58,3</b>	20,8	48

Test de la  $\chi^2$ : 50,3; gl: 9; *p-value* < 0,0001. En negrita, valor igual o superior a la situación media.

En este caso, esa relación es estadísticamente significativa ( $\chi^2$ : 50,3; *p-value* ≤ 0,0001) y se establece entre aquellas personas que, independientemente de la base económica que tienen en su jubilación, valoran de forma negativa su economía, hoy y en el futuro (los más *pesimistas*), y los que perciben su estado de salud como regular o malo. Son apenas un 12% del total de la población madrileña, pero más del 80% de los que manifiestan un estado malo o muy malo. Por el contrario, una actitud positiva frente a los recursos económicos (*optimistas*) en relación con los ingresos está asociada con valoraciones también positivas del estado de salud, ya que de entre los que informan gozar de buena o muy buena salud, casi dos tercios en el primer caso y casi el 80% en el segundo, manifiestan una visión positiva de sus ingresos. Es sintomático que el 56,4% de los que mejor salud declaran son *optimistas con base económica*, la mejor situación para disfrutar del bienestar económico en la vejez en las también mejores condiciones de salud.

Asociada con la salud, la dimensión que explora las *redes de apoyo* de los mayores tiene una apreciable representación en estudios sobre salud, calidad de vida y relaciones sociales (Achat et al. 1998; Michael et al. 1999; Pinguart et al. 2000; Jang et al. 2004). En la encuesta CadeVIMA ha sido analizada esta relación a través de las dos variables que tienen una asociación significativa con los recursos económicos: una es la *necesidad o no de ayuda* que tienen los mayores para realizar actividades de la vida diaria (tareas domésticas, gestiones, etc.); otra, la *persona de quien se recibe la ayuda*. Según ello, parece razonable que todo ello se asocia a su vez con el *estado de salud*. Así, la necesidad de ayuda muestra una relación significativa desde el punto de vista estadístico ( $\chi^2$ : 23,3; *p-value* ≤ 0,001); sin embargo, no sucede lo mismo respecto a la persona (familiares en distinto grado, amigos o empleados) que presta esa ayuda.

Así, los resultados del análisis del árbol jerárquico muestran una primera constatación (gráfico 5.3): los tipos de mayores según los recursos económicos se diferencian significativamente de acuerdo con su necesidad de recibir ayuda por parte de personas cercanas, vivan o no con ellos; así, se identifica una proporción del 20% de mayores que necesitan esa ayuda, siendo los *pesimistas sin base económica* quienes se encuentran en peores condiciones (nodo 2), alrededor de la mitad de los entrevistados con

necesidad de ayuda. Por el contrario, entre quienes no tienen necesidad de ser ayudados (nodo 1), casi un 80% del total del grupo, aproximadamente dos tercios son mayores que no aprecian problemas relacionados con su situación económica en el momento actual ni en el futuro, son los más *optimistas*, quienes consiguen una mejor adaptación de sus recursos económicos a la situación actual y, previsiblemente, a la futura. En ambos casos, necesitar o no ayuda está claramente condicionado por el estado de salud percibido, de manera que 3 de cada 4 mayores que no necesitan ayuda declaran tener un estado de salud bueno (nodo 4), y de ellos casi el 70% son mayores *optimistas*, con base económica o no, mientras que estos apenas suponen un 42% de los que declaran un estado de salud malo (nodo 3). De entre quienes necesitan ayuda y declaran un mal estado de salud (nodo 5), más del 70% son mayores con una valoración negativa de sus condiciones económicas (esencialmente *pesimistas sin base económica*), porcentaje que se reduce a menos de la mitad cuando declaran un estado de salud bueno (nodo 6). Por lo tanto, *estado de salud*, como condición que predispone, y *necesidad de ayuda*, como exigencia que se necesita cubrir, tienen una vinculación muy bien definida y asociada además con los recursos económicos.

Otro factor relacionado es el que tiene que ver con la *forma de vivir* (gráfico 5.4). En la encuesta CadeViMa se han identificado varios aspectos que tienen una relación significativa con los tipos de individuos según sus recursos económicos (Baxter et al., 1998). Uno de ellos es la existencia o no de una red social formada por amigos, más allá de las personas conocidas en el entorno en el que se vive; otro es la frecuencia de relación con estos amigos; el último es el grado de satisfacción con la forma de vivir en su actual situación familiar. En todos estos casos son relaciones estadísticas significativas.

Sin duda, la satisfacción con la forma de vivir es la situación dominante en relación con los tipos individuales según los recursos económicos disponibles y su percepción con un alto valor de significación estadística. De entre ellos destacan los encuestados satisfechos (nodo 1, con casi el 81% de los casos) que son los que, a su vez, mejor valoran los recursos económicos (los *optimistas* que representan los dos tercios), frente a los *pesimistas* que son algo menos del 75% de los insatisfechos con su forma de vivir (nodo 2, que agrupa solo un 19% del total de la población).

GRÁFICO 5.3: Relación entre la tipología de mayores según los recursos económicos y las redes de apoyo

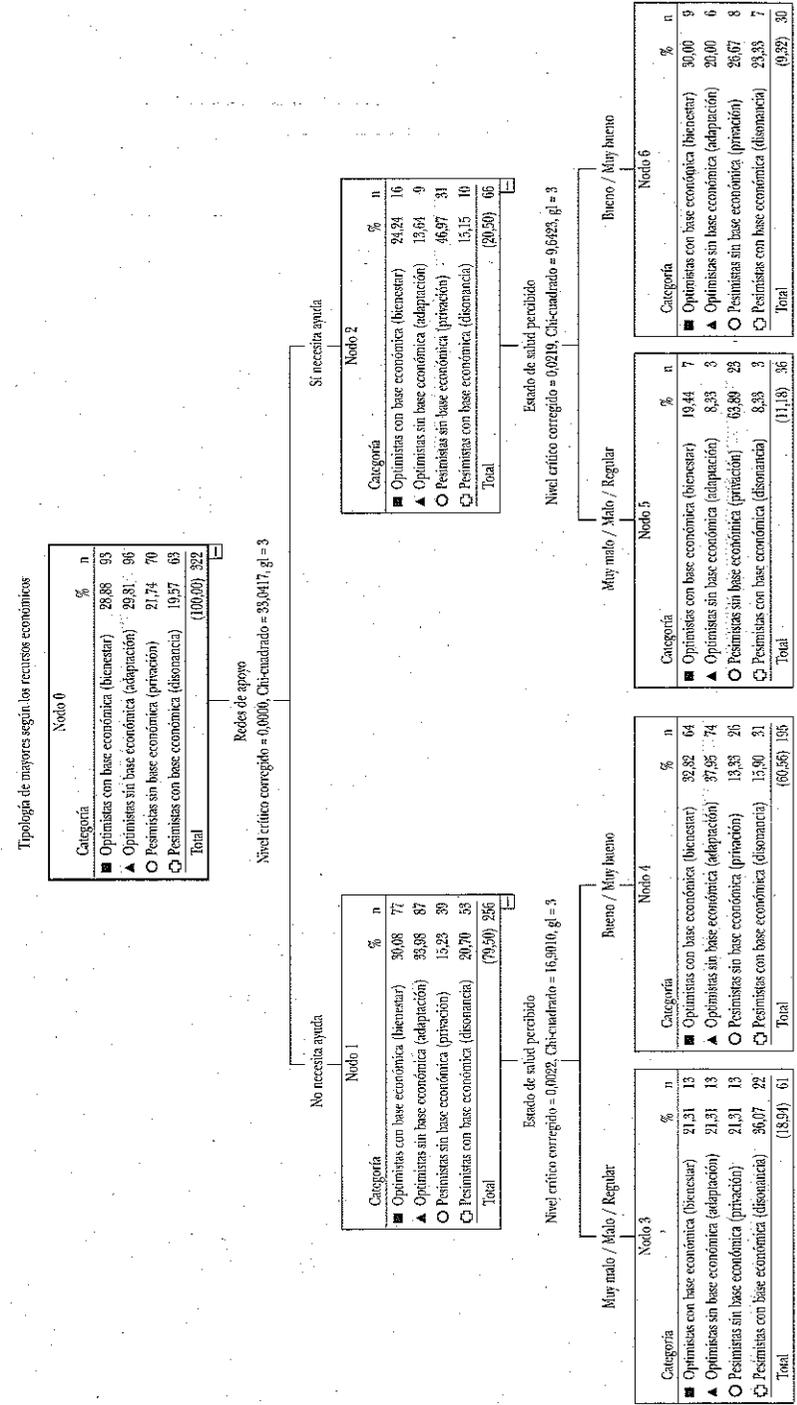
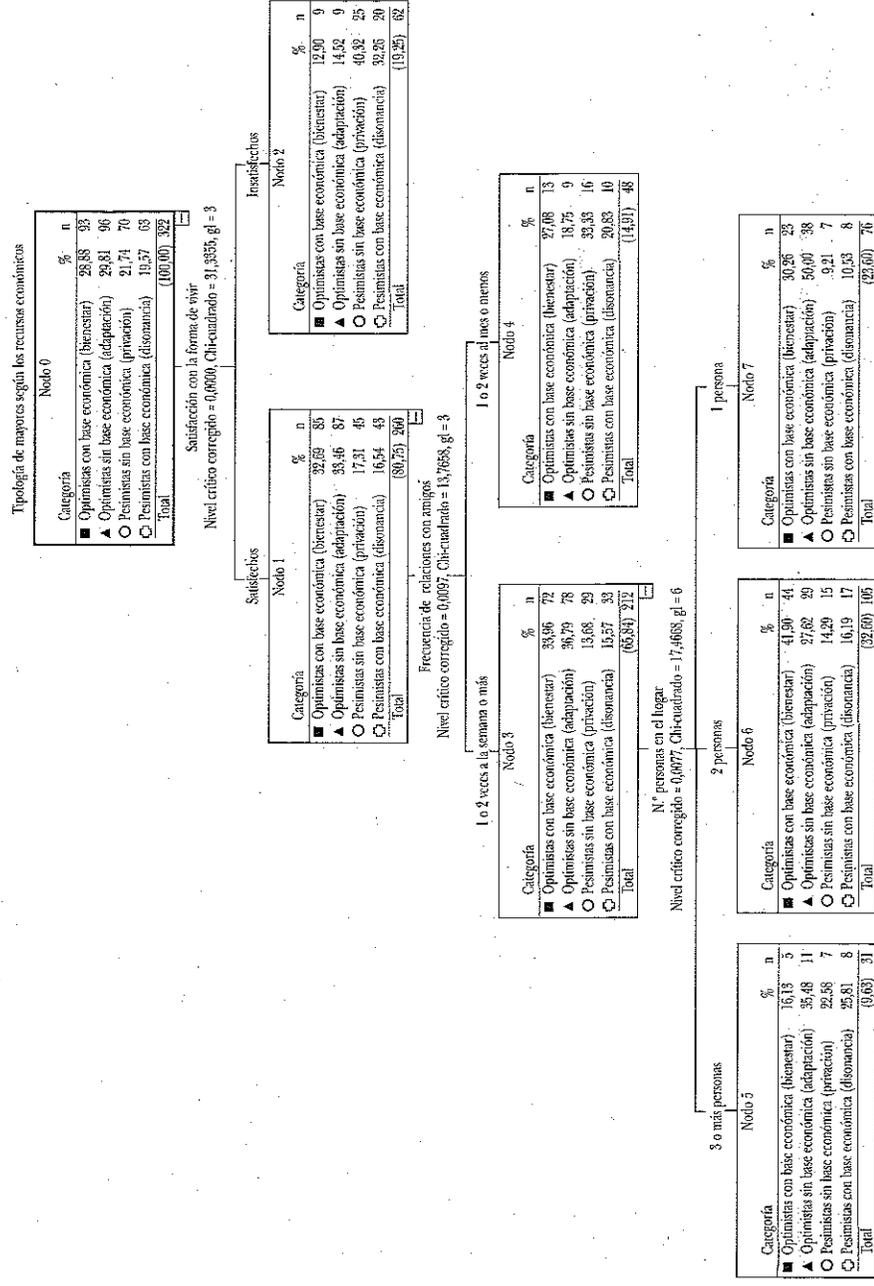


GRÁFICO 5.4: Relación entre la tipología de mayores según los recursos económicos y la forma de vida



También son 8 de cada 10 satisfechos con su forma de vivir quienes mantienen una mayor *frecuencia de relaciones con amigos* (nodo 3) y, de ellos, la mayoría son *optimistas* en términos económicos, en un comportamiento muy distinto a los *pesimistas*, con una menor frecuencia de contacto con amigos (nodo 4).

Entre los mayores satisfechos con su forma de vivir y que mantienen una frecuencia alta de relación con amigos, predominan los *optimistas* en hogares formados por 2 personas (nodo 6) o entre quienes viven solos —en aquel caso *con base económica y sin base económica* en este—, mientras que de los mayores que viven en hogares con 3 o más personas (nodo 5) casi el 50% son *pesimistas* en términos económicos. Parece que el hecho de vivir en pareja, sin otros miembros de la familia, es un buen reflejo de las mejores condiciones de vida, del momento en que mejor uso se hace de los recursos económicos en relación con las necesidades detectadas. En el caso de quienes viven solos (nodo 7), la interpretación puede asociarse con la posibilidad de mantener una posición de autonomía, aunque no exista una base económica que la sustente. En definitiva, los *optimistas*, con mayores o menores ingresos económicos declarados, tienden a ser personas satisfechas con la forma de vivir que desarrollan las relaciones mantenidas con sus amigos.

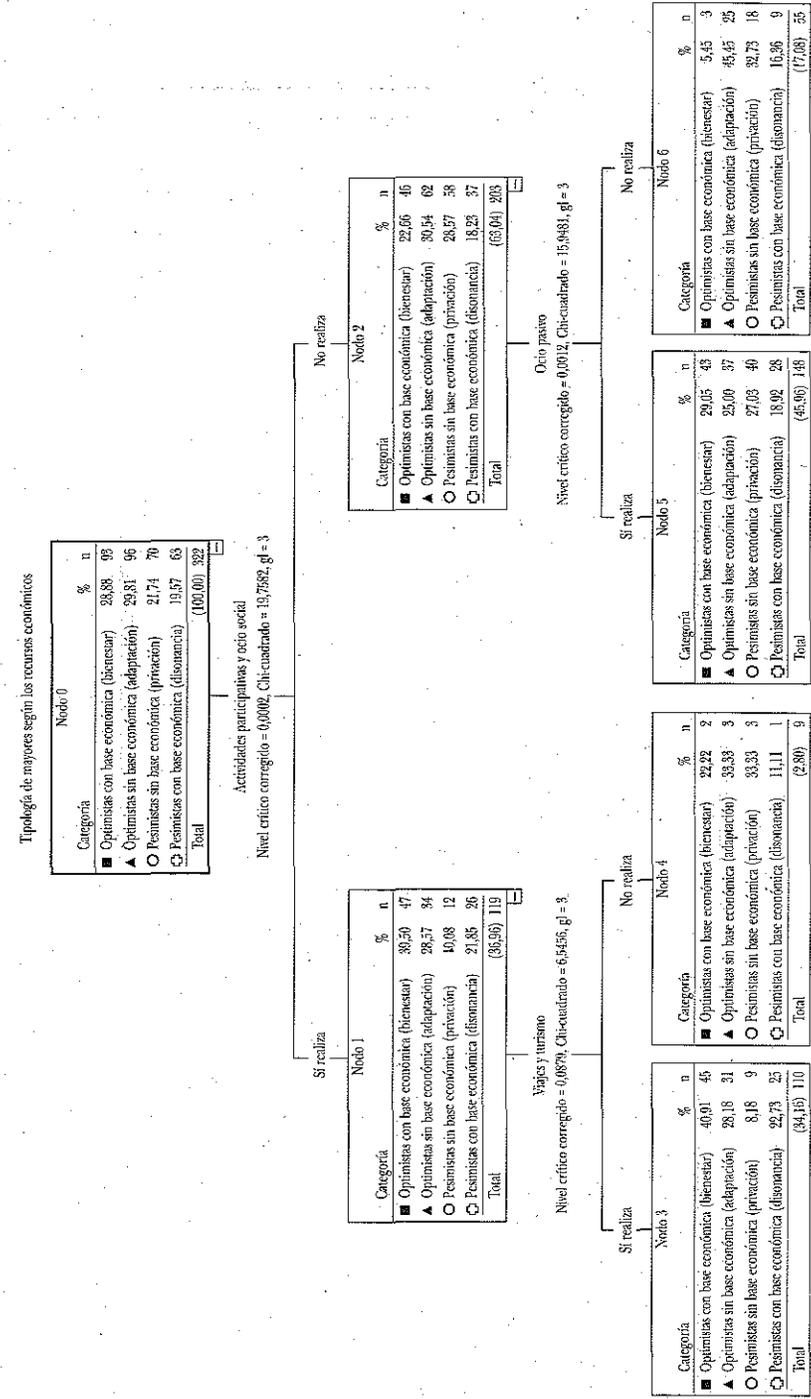
El *ocio y tiempo libre* es también una dimensión que se ha de explorar en relación con los recursos económicos, porque permiten apreciar tanto la capacidad económica para la realización de algunas actividades (viajes, prácticas culturales, uso de nuevas tecnologías...) como la predisposición a llevar a cabo otras que implican retos personales, y eso no siempre tiene que ver con la economía de los individuos o de las familias, sino con un conjunto de factores sociales y de salud (Warr et al. 2004; Li 2005). Aunque no es fácil llegar a un acuerdo sobre los mejores instrumentos de medida de las actividades de tiempo libre, como se verá en el capítulo 6, parece evidente que una discriminación a priori entre actividades *pasivas* y *activas* es necesaria, para separar aquellas tareas más demandantes de recursos materiales, de movilidad o de simple predisposición, pero que aportan mayor adecuación a la calidad de vida declarada (Milligan et al. 2004), de otras con escasos requerimientos por parte del individuo. Del análisis previo de la información se infiere que destacan tres tipos de activi-

dades por su relación con los recursos económicos y su valoración: las *actividades participativas* y *ocio social* («salir con amigos a pasear», «asistir a eventos deportivos», «participar en actividades asociativas...»), las de *carácter pasivo* (ver TV, escuchar la radio...) y las actividades relativas a *viajes y turismo*.

Los recursos materiales y la valoración que sobre estos hacen los mayores de la Comunidad de Madrid se asocian claramente con las *actividades participativas* y *de ocio social* (gráfico 5.5). En este sentido, de entre los que practican actividades de este tipo (menos de 4 de cada 10, nodo 1) cerca del 40% son *optimistas* con base económica; por el contrario, entre quienes no practican estas actividades (más del 6 de cada 10, nodo 2), destacan las personas mayores *sin base económica* (58%), bien tengan una actitud *optimista* o *pesimista* ante los recursos económicos disponibles. En cualquier caso, un hecho destacable es que el primer nivel del árbol (nodos 1 y 2) está asociado con la realización de *actividades participativas* y *de ocio social*, de manera que los clasificados globalmente como no practicantes de este tipo de actividades tienden a realizar actividades de *ocio pasivo*, mientras que quienes las realizan se decantan además por desarrollar también un ocio relacionado con los *viajes y turismo*, y que, en cierta medida, requiere un mayor consumo de recursos económicos, por lo que el 64% de estos tienen *base económica*.

En este contexto, la población que realiza *actividades participativas* y *de ocio social*, un 37% del total, no desarrolla una relación significativa con otras que no sea la realización de *viajes y turismo* (nodo 3), grupo entre los que predominan los *optimistas con base económica*. Por el contrario, entre la población mayor que no realiza *actividades participativas* y *de ocio social* (nodo 2), la decantación hacia *actividades de ocio pasivo* parece demostrada desde el punto de vista estadístico, lo que implica a casi el 73% de aquellos (nodo 5). Entre estos, los *optimistas con base económica* solo suponen un 29%, aunque esta proporción es aún mayor que entre quienes ni siquiera dedican su tiempo libre a *actividades de ocio pasivo* (nodo 6, 5% de *optimistas con base económica*), entre quienes predominan personas mayores *sin base económica*. En definitiva, la práctica de ocio más o menos activo depende de los recursos económicos, pero también de la predisposición a su realización.

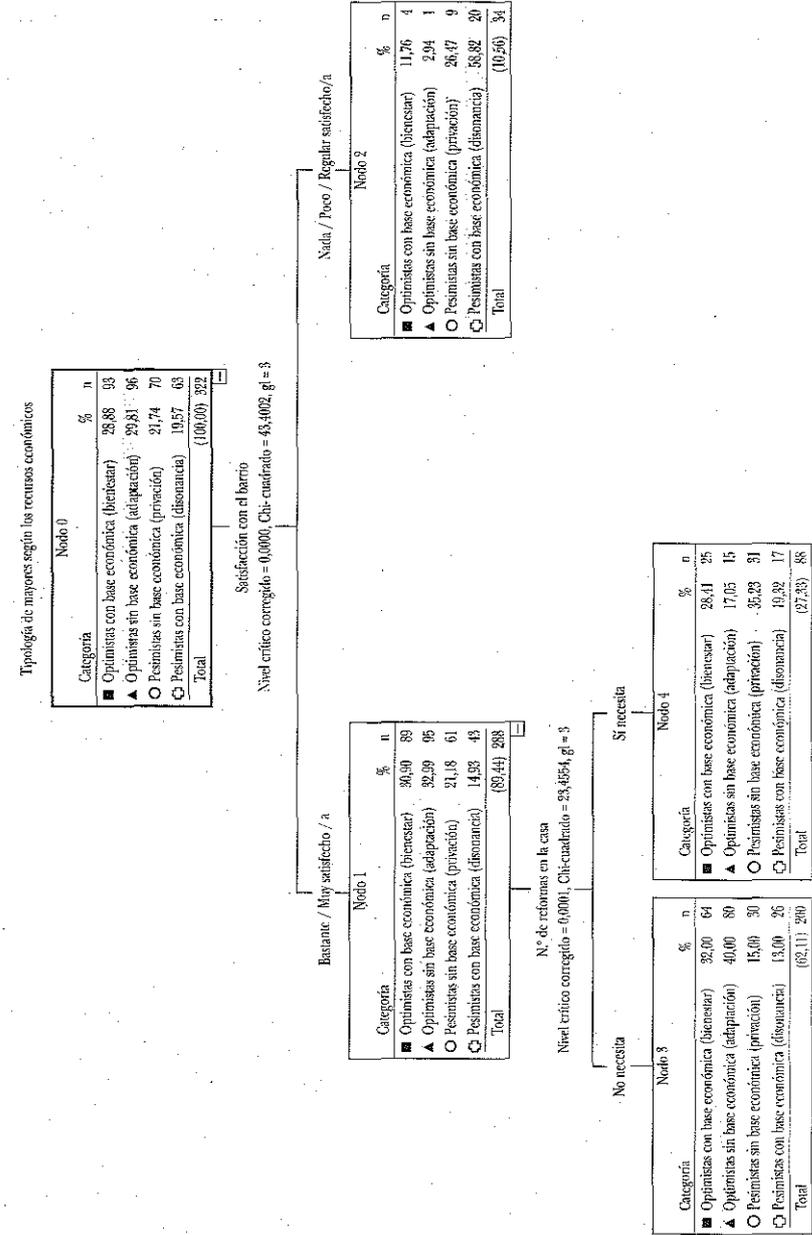
GRÁFICO 5.5: Relación entre la tipología de mayores según los recursos económicos y las actividades de ocio



Finalmente, hay un factor primordial para la calidad de vida de las personas mayores, el *entorno geográfico y social* donde se desarrolla su vida, esencialmente la vivienda y el barrio, que actúan como correlato temporal ligado a la consecución de una situación económica, más o menos favorable (Rojo-Pérez et al. 2000; Bowling et al. 2004). Se trata de una condición material (el capital económico, la vivienda) y/o inmaterial (la satisfacción por vivir en el barrio), que se consigue acumular a lo largo del tiempo y que cada persona interpreta según sus rasgos personales y su disposición mental y la introduce como referencia en su comportamiento diario. De entre las variables que pueden ser utilizadas en este ámbito, se han destacado dos por su relación significativa con los recursos económicos de los mayores: la satisfacción con el barrio y el número de reformas de la vivienda, que marca la situación de necesidad de afrontar las condiciones de habitabilidad en relación con los recursos disponibles. Otra variable, como la tenencia de la vivienda, es también significativa desde el punto de vista estadístico, pero tiene el problema de su desigual distribución ya que más del 95% de los encuestados son propietarios de su vivienda, con solo un 3% viviendo en régimen de alquiler. Por esta razón no se ha considerado su uso en este análisis (gráfico 5.6).

Un hecho esencial en la valoración de los recursos medioambientales con los que cuentan los mayores es que casi un 90% de los encuestados se encuentran satisfechos de *vivir en su barrio o localidad*. Y, como era de esperar, se trata de una relación muy significativa porque se basa en una clara valoración de las personas que aprecian positivamente su posición económica personal (64% de *optimistas*, en nodo 1) como aspecto relacionado con su satisfacción por vivir en ese entorno, de la misma manera que, entre los no satisfechos, la relación se establece con los *pesimistas* (85%, en nodo 2), en ambos casos sin que los ingresos declarados marquen una pauta significada. El nodo 1 desarrolla su propia rama, de forma que entre los satisfechos con el barrio se establece una relación significativa con la valoración de las condiciones de habitabilidad de la vivienda a través del *número de reformas* que se entienden como muy necesarias para adaptarla o mantenerla.

GRÁFICO 5.6: Relación entre la tipología de mayores según los recursos económicos y el entorno residencial



La mayor parte de los satisfechos con el barrio de residencia considera no necesitar reformas (nodo 3), especialmente quienes mejor valoran su economía, un 72% de ellos. Los que las creen necesarias (nodo 4) son, comparativamente, más *pesimistas* (54,6%), en especial los que menos recursos tienen.

#### 5.4. Conclusiones

La construcción de índices en Ciencias Sociales requiere la puesta en funcionamiento de estrategias complejas de toma de datos, de adecuación de la información, de utilización de instrumentos específicos y de herramientas analíticas de un cierto grado de complejidad. Se dispone para ello de las experiencias aportadas por investigadores, de las referencias que aparecen en las bases de datos y de los intereses de las comunidades de científicos sociales que se han decantado desde hace décadas por el análisis de fenómenos sociales, como el de la calidad de vida a la edad anciana. En este ámbito, la línea de investigación más destacada es la identificación de las dimensiones esenciales que estructuran la medida de la calidad de vida, una de las cuales, entre las más relevantes, es la económica.

Ahondar en la valoración de la economía de las personas mayores es un empeño muy interesante por las posibilidades que ofrece de establecer su posición en la sociedad en la que viven y los factores que la condicionan. Sin embargo, es una tarea arriesgada porque está condicionada por diversas situaciones que no favorecen la obtención de datos adecuados y fiables. Una de esas limitaciones tiene que ver con la utilización de la encuesta como instrumento de toma de información y la necesidad de utilizar la «capacidad de recuerdo» de las personas para ofrecer información verídica. Otra no menos importante es la «negativa social» a hablar de cuestiones económicas ante terceras personas por parte de los mayores, tendencia que adquiere mayores proporciones que entre la población en general. Una tercera dificultad para conseguir los datos económicos de personas y hogares proviene de la necesidad de emplear instrumentos que facilitan la respuesta, como las preguntas con diversos umbrales de ingresos, frente

a la solicitud de la cantidad de dinero disponible en un periodo determinado. Ninguna solución es definitiva para evitar que los datos económicos solicitados a través de encuestas sean suficientes, fiables y útiles para los objetivos que se pretenden en la investigación de la calidad de vida de los mayores. La más conveniente, sin duda, es aquella que haga mínimos los efectos de la tasa de no respuesta en las encuestas para que los análisis efectuados con todas las variables que pueden afectar a la valoración de los recursos económicos sean consistentes con los objetivos previstos.

En efecto, la investigación social se mueve en un entorno sensible para las personas mayores, el de los recursos económicos. En el caso de la Comunidad de Madrid, se trata de personas con ingresos bajos, en torno a un promedio de 600 euros mensuales, algo superior a la pensión media de los españoles (570 euros a mediados de 2007), pero con una cierta polarización en relación con el nivel de estudios y clase social, que, como era de esperar, sigue una regla directa, esto es, a menor nivel de estudios y clase social le suele corresponder unos ingresos más bajos. Esta vinculación es consistente no solo cuando se utilizan datos objetivos, sino también subjetivos, como el autopercepcionamiento económico del hogar detentador de ingresos, siguiendo lógicamente la misma regla: a medida que aumentan los ingresos individuales obtenidos se incrementa la percepción económica del hogar. No obstante, hay que apreciar también una cierta predisposición de los encuestados a sobrevalorar subjetivamente los ingresos, como se ha demostrado en España e Italia, en la medida en que los ingresos recibidos no tienen una relación tan estricta con la satisfacción que se tiene de ellos: incluso las personas más mayores y con menor nivel de ingresos tienden a manifestar una cierta satisfacción con los recursos económicos disponibles.

En estructuras sociales desarrolladas, como la española o la madrileña, los mayores, en una proporción no desdeñable, tienen altas probabilidades de encontrarse en situaciones de exclusión social o incluso de pobreza, y la adecuación entre recursos y necesidades no es muy alta. Y es que en este proceso entran en juego la situación real que les define la disponibilidad de recursos económicos y su valoración, la que les proporciona la sensación de sentirse satisfechos con los recursos. Algunos factores ligados

a la forma de ser de la persona, a la estructura familiar en la que vive, el desarrollo de su propia vida, o las necesidades actuales y las que se prevén para el futuro son determinantes en este proceso de adecuación, más allá de lo que informen al respecto los datos objetivos y subjetivos proporcionados por las encuestas.

No hay que perder de vista otro hecho de notable importancia, de carácter subjetivo, como es la *adaptación* a la situación económica en la que se vive como mecanismo de supervivencia, muy común entre los mayores. Puede ser que, en este caso, sean algunas necesidades las que se ven no cubiertas, y avanzan entonces las opiniones negativas con respecto a la calidad de vida individual y a la percepción de la salud, como su referente fundamental. Así parece desprenderse de la encuesta CadeViMa: los que refieren recibir menos de 300 euros mensuales, cifra cercana a la que deviene de una pensión no contributiva, tienen un relativo alto sentimiento de conformidad con los ingresos, de acuerdo con un comportamiento acomodaticio, habituado a esta situación durante su vida laboral y a la adecuación de las necesidades a los ingresos disponibles. En un proceso contrario, de clara insatisfacción condicionada por experiencias anteriores, una de cada cinco de las personas mayores encuestadas que han declarado ingresos mensuales elevados manifiesta un cierto nivel de insatisfacción, previsiblemente también ligado con unas necesidades superiores a las habitualmente requeridas a esta edad y heredadas de la etapa adulta, y este grupo de personas manifiesta lo que se ha denominado como *disonancia*.

Las variables objetivas y subjetivas incluidas en el bloque sobre Recursos Económicos de la Encuesta CadeViMa han permitido extraer, de forma resumida, los dos elementos necesarios para agrupar a los mayores madrileños en 4 grandes grupos; a saber: los ingresos, la base económica obtenida de los ingresos declarados, el autoposicionamiento socioeconómico del hogar, y la percepción de la satisfacción y seguridad con los mismos. Aunque el resultado fuera previsible, no ha sido menos interesante el proceso de catalogación de los individuos y probar su similitud con otros resultados de investigación, especialmente la teoría de las condiciones de vida y el bienestar subjetivo de Zapf (tomado de Noll 2002).

De esta manera se han definido los cuatro tipos, los *optimistas* y los *pesimistas con base y sin base económica*, que cumplen con dos objetivos esenciales de esta investigación, el resumir de forma significativa (estadística y científicamente) las opiniones de las personas y el utilizar los grupos conseguidos para testar los efectos de otras variables esenciales de la calidad de vida en la dimensión de recursos económicos.

Como era previsible, las opiniones de carácter económico de los entrevistados están fundamentadas en sus propias condiciones personales y en otras opiniones que contribuyen a definir varias facetas de su bienestar personal. Sin duda, esta encuesta corrobora el papel destacado que juega la economía de las personas mayores en Madrid, detrás de otros componentes de la calidad de vida como la salud o la familia, pero no tan distante de las mismas. Y también da un papel preponderante a los factores personales como la edad, el nivel educativo o la valoración del estado de salud, determinantes en el momento actual de una situación heredada a partir de unas condiciones creadas y desarrolladas a lo largo de la vida adulta. Los más jóvenes entre los mayores, los que han conseguido una educación que les ha posibilitado un estatus ocupacional y social y los que manifiestan disfrutar de un mejor estado de salud tienen una valoración positiva y satisfactoria de los ingresos que reciben hoy. La situación contraria se asocia con los más *pesimistas* y que no tienen un nivel de ingresos alto. Aunque la edad y el sexo no ha destacado por su significación estadística en el análisis, parece evidente un comportamiento diferenciado por género, por el cual son las mujeres quienes soportan unas condiciones más limitantes por sus restringidos recursos, como consecuencia de su trayectoria social, familiar y laboral en comparación con los hombres y, por lo tanto, sus recursos económicos son más restrictivos.

Los otros factores influyen desigualmente en la valoración de los recursos económicos por parte de los mayores, aunque no de forma separada de las variables anteriormente consideradas. Es el caso de las redes de apoyo social, que han sido medidas a través de la necesidad de ayuda para la realización de actividades diarias. Se ha detectado una relación inversa matizada por el estado de salud como variable predisponente para la ayuda, en el

sentido de que un nivel de ingresos bajo tiende a asociarse con una salud peor (definida a través de la opinión de los encuestados) y, por lo tanto, con una demanda mayor de ayuda por parte de la familia u otros elementos del entorno sociofamiliar. En una esfera muy cercana a la anterior, tiende a haber una satisfacción mayor con la forma de vivir a medida que se dispone de una pareja como elemento de convivencia cercana, de una frecuencia de relaciones sociales alta con el entorno y de más ingresos, dejando a un lado a las personas mayores que pueden tener una situación más marginal, económica y socialmente, quienes no encuentran tanta satisfacción en la vida que desarrollan. Y en este sentido la vida en el barrio aporta un valor añadido a esta satisfacción personal, que se ve complementada con la satisfacción con la vivienda en la que se vive: si los recursos económicos son suficientes esta satisfacción es más elevada que en el caso contrario, ya que se tienen las condiciones necesarias para asegurar una calidad de vida del entorno residencial más cercano (vivienda y barrio).

Es seguro que esta situación tenga su extrapolación en el plano de las actividades en tiempo libre que dan sentido a la vida de las personas mayores, como se ha comprobado de forma habitual en los estudios de calidad de vida. A través del empleo en la encuesta de una batería de actividades, se consigue reflejar la funcionalidad del tiempo disponible, separando las actividades de acuerdo con la preferencia para el uso personal, de movilidad o de relación, o para la detección de su «calidad» en relación con el estado de salud. En este caso se han tomado en cuenta las actividades por su relación con los recursos económicos y su utilidad para componer un tiempo disponible saludable. En efecto, parece evidente entre los mayores madrileños que los ingresos económicos disponibles predisponen para la práctica o no de actividades, mediante una relación directa, de forma que un menor nivel de ingresos condiciona un ocio negativo, sedentario, que no motiva la realización de actividades, mientras que las actividades que suponen un mayor nivel de implicación personal tienden a ser desarrolladas por personas de economía alta con respecto a los valores medios de los mayores madrileños.

## Bibliografía

- ACHAT, H., I. KAWACHI, S. LEVINE, C. BERKEY, E. COAKLEY y G. COLDITZ. «Social networks, stress and health-related quality of life». *Quality of Life Research* 7 n.º 8 (1998): 735-750.
- ANDRESEN, E. M. y D. K. MILLER. «The Future (History) of Socioeconomic Measurement and Implications for Improving Health Outcomes Among African Americans». *The Journals of Gerontology, Series A: Biological Sciences and Medical Sciences* 60A n.º 10 (2005): 1.345-1.350.
- BAXTER, J., S. M. SHETTERLY, C. EBY, L. MASON, C. F. CORTESE y R. F. HAMMAN. «Social Network Factors Associated with Perceived Quality of Life. The San Luis Valley Health and Aging Study». *Journal of Aging and Health* 10 n.º 3 (1998): 287-310.
- BOWLING, A., Z. GABRIEL, D. BANISTER y S. SUTTON. «Adding Quality to Quantity: Older People's Views on their Quality of Life and its Enhancement». *Go Findings. Growing Older Programme* n.º 7 (2002): 1-4.
- BOWLING, A. y Z. GABRIEL. «An Integrational Model of Quality of Life in Older Age. Results from the ESRC/MRC HSRC Quality of Life Survey in Britain». *Social Indicators Research* 69 n.º 1 (2004): 1-36.
- BROWN, J., A. BOWLING y T. FLYNN. *Models of Quality of Life: A Taxonomy, Overview and Systematic Review of the Literature*. European Forum on Population Ageing Research, 2004: 113. Disponible en internet en [www.ageingresearch.group.shef.ac.uk/pdf/qol\\_review\\_no\\_tables.pdf](http://www.ageingresearch.group.shef.ac.uk/pdf/qol_review_no_tables.pdf) (Fecha de acceso: 11-09-2005).
- BRYANT, T., D. RAPHAEL, I. BROWN, T. COGAN, C. DALLAIRE, S. LAFOREST, P. MCGOWAN et al. *A Nation for All Ages? A Participatory Study of Canadian Seniors' Quality of Life in Seven Municipalities*. Toronto, York Centre for Health Studies, York University, 2002: 101.
- COHN, J. y J. A. SUGAR. «Determinants of Quality of Life in Institutions: Perceptions of Frail Older Residents, Staff and Families». En J. E. BIRREN, J. E. LUBBEN, J. C. ROWE y D. E. DEUTCHMAN, eds. *The Concept and Measurement of Quality of Life in the Frail Elderly*. San Diego, CA: Academic Press, 1991: 28-49.
- DIENER, E. «Subjective well-being». *Psychological Bulletin*, 95, núm. 3 (1984): 542-575.
- DIENER, E. y E. SUH. «Measuring Quality of Life: economic, social, and subjective indicators». *Social Indicators Research* 40 n.º 1-2 (1997): 189-216.
- DIJKSTRA, W., J. H. SMIT y H. C. COMIJS. «Using Social Desirability Scales in Research among the Elderly». *Quality and Quantity* 35 n.º 1 (2001): 107-115.
- FRIEDMAN, M. I. *Improving the Quality of Life. A Holistic Scientific Strategy*. Westport, CT: Praeger, 1997.
- GABRIEL, Z. y A. BOWLING. «Quality of Life in Old Age from the Perspectives of Older People». En A. WALKER y C. HAGAN HENNESSY, eds. *Growing Older: Quality of Life in Old Age*. Londres: Open University Press, 2004: 14-33.
- GRUNDY, E. y A. SLOGGETT. «Health inequalities in the older population: the role of personal capital, social resources and socio-economic circumstances». *Social Science & Medicine* 56 n.º 5 (2003): 935-947.
- HAWKINS, B. «Aging Well: Toward a Way of Life for All People». *Preventing Chronic Disease* 2 n.º 3 (2005): 1-3.
- HIGGS, P., M. HYDE, S. ARBER, D. BLANE, E. BREEZE, J. NAZROO y D. WIGGINS. «Dimensions on the inequalities in quality of life in older age». En A. WALKER, ed. *Understanding Quality of Life in old age*. Maidenhead: Open University Press, 2005: 27-48.

- JANG, Y., J. A. MORTIMER, W. E. HALEY y A. R. B. GRAVES. «The Role of Social Engagement in Life Satisfaction: Its Significance among Older Individuals with Disease and Disability». *Journal of Applied Gerontology* 23 n.º 3 (2004): 266-278.
- LAMURA, G., C. BALDUCCI, M. G. MELCHIORRE, S. QUATTRINI, L. SPAZZAFUMO, V. BURHOLT, G. WEBER et al. *Comparative Report on Ageing Well and Material Security in Europe*. 2003. Disponible en internet en <http://esaw.bangor.ac.uk//material%20security%20final%20report.pdf> (Fecha de acceso: 25-11-2008).
- LASSEY, W. R. y M. L. LASSEY. *Quality of life for older people: an international perspective*. Upper Saddle River, Nueva Jersey: Prentice Hall, 2001.
- LAWTON, M. P. «Environment and other determinants of well-being in older people». *The Gerontologist* 23 n.º 4 (1983): 349-357.
- LI, L. W. «Predictors of ADL Disability Trajectories Among Low-Income Frail Elders in the Community». *Research on Aging* 27 n.º 6 (2005): 615-642.
- MEER, J., D. L. MILLER y H. S. ROSEN. «Exploring the health-wealth nexus». *Journal of Health Economics* 22 n.º 5 (2003): 713-730.
- MICHAEL, Y. L., G. A. COLDITZ, E. COAKLEY y I. KAWACHI. «Health behaviors, social networks, and healthy aging: Cross-sectional evidence from the Nurses' Health Study». *Quality of Life Research* 8 n.º 8 (1999): 711-722.
- MICHALOS, A. C. ed., *Essays on the Quality of Life*. Dordrecht: Kluwer Academic Publishers; Social Indicators Research Series, Vol. 19, 2003: 439.
- MILLIGAN, C., A. GATRELL y A. BINGLEY. «"Cultivating health": therapeutic landscapes and older people in northern England». *Social Science & Medicine* 58 n.º 9 (2004): 1.781-1.793.
- NOLL, H.-H. «Towards a European System of Social Indicators: Theoretical Framework and System Architecture». En M. R. HAGERTY, J. VOGEL y V. MØLLER, eds. *Assessing quality of life and living conditions to guide national policy: the state of the art*. Dordrecht; Boston: Kluwer Academic Publishers, Serie: Social Indicators Research Vol. 11, 2002: 47-87.
- OSWALD, F., H.-W. WAHL, H. MOLLENKOPF, O. SCHILLING, D. NEUMANN y K. SCHAKTBEKBATAN. *ENABLE AGE Survey Study T1. Preliminary descriptive findings. National Report Germany (D4, based on WP3)*. 2005: 84. Disponible en internet en [www.enableage.arb.lu.se/](http://www.enableage.arb.lu.se/)
- PINQUART, M. y S. SORENSEN. «Influences of socioeconomic status, social network, and competence on subjective well-being in later life: A meta-analysis». *Psychology and Aging* 15 n.º 2 (2000): 187-224.
- POLVERINI, F. y G. LAMURA. «Italy: quality of life in old age II». En A. WALKER, ed. *Growing older in Europe*. Maidenhead: Open University Press, 2005: 179-200.
- ROJO-PÉREZ, F., G. FERNÁNDEZ-MAYORALAS y E. POZO-RIVERA. «Envejecer en casa: los predictores de la satisfacción con la casa, el barrio y el vecindario como componentes de la calidad de vida de los mayores en Madrid». *Revista Multidisciplinar de Gerontología* 10 n.º 4 (2000): 222-233.
- SANCHO CASTIELLO, M. ed., *Informe 2004. Las personas mayores en España. Datos estadísticos estatales y por Comunidades Autónomas. Tomo I*. Madrid: Ministerio de Trabajo y Asuntos sociales, Instituto de Mayores y Servicios Sociales, 2005: Tomo I: 938 p.; Tomo II, Parte 1: p. 1-783; Tomo II, Parte 2: p. 795-1542.
- SCHARF, T., C. PHILLIPSON, P. KINGSTON y A. SMIT. «Social exclusion and older people: towards a conceptual framework». Centre for Social Gerontology, University of Keele, *Working Paper* n.º 6, 2000: 23. Disponible en internet en [www.keele.ac.uk/research/lcs/csg/downloads/social%20exclusion.pdf](http://www.keele.ac.uk/research/lcs/csg/downloads/social%20exclusion.pdf)
- SCHYNS, P. «Crossnational Differences in Happiness: Economic and Cultural Factors Explored». *Social Indicators Research* 43 n.º 1-2 (1998): 3-26.
- SIRGY, M. J. ed., *Handbook of quality-of-life research: an ethical marketing perspective*. Dordrecht, Boston: Kluwer Academic Publishers, 2001: 458.
- SMITH, A. E. «Researching Quality of Life of Older People: Concepts, Measures and Findings». Keele University, Centre for Social Gerontology, *Working Paper* n.º 7, 2000: 29. Disponible en internet en [www.keele.ac.uk/research/lcs/csg/downloads/research\\_quality.pdf](http://www.keele.ac.uk/research/lcs/csg/downloads/research_quality.pdf)
- SMITH, J. P. y R. S. KINGTON. «Race, Socioeconomic Status, and Health in Late Life». En L. G. MARTIN y B. J. SOLDI, eds. *Racial and Ethnic Differences in the Health of Older Americans*. Washington, D. C.: National Academy Press, 1997: 106-162.
- TAYLOR, S. E. y T. E. SEEMAN. «Psychosocial resources and the SES-health relationship». *Annals of the New York Academy of Sciences* n.º 896 (1999): 210-225.
- WALKER, A. ed., *Understanding Quality of Life in old age*. Maidenhead: Open University Press, 2005: 209.
- WALKER, A. y C. HAGAN HENNESSY. «Investigating Quality of Life in the Growing Older Programme». En A. WALKER, ed. *Understanding Quality of Life in old age*. Maidenhead: Open University Press, 2005: 1-13.
- WARR, P., V. BUTCHER y I. ROBERTSON. «Activity and psychological well-being in older people». *Ageing & Mental Health* 8 n.º 2 (2004): 172-183.